

LA ÉTICA, DIVERSAS INQUIETUDES Y UNA NOVELA (Junio 1987)

En la hora estelar de la Televisión, una novela que aborda el tema de las relaciones amorosas ha suscitado muchas inquietudes. De hecho no es la primera emisión televisiva que trata de modo preocupante el tema de estas relaciones. También ha habido artículos en periódicos y revistas que, yendo de una opinión a otra, dejan al menos una estela de indecisión y desorientación en un sector de tanta importancia.

El ser humano ha elaborado, a través de milenios, modelos de comportamiento que han quedado incorporados a lo que modernamente se llama la conciencia colectiva de la humanidad. Estos modelos son de particular interés con respecto al sexo, la relación hombre-mujer, o madre-padre-hijo, etc.

El pudor para cubrir las partes del cuerpo que tienen que ver con la reproducción o para referirse al sexo en el lenguaje; los tabúes en relación con el sexo; la ritualización del compromiso matrimonial; la consideración de algunos aspectos de la vida sexual bajo el ángulo de lo sagrado, etc., manifiestan que, desde épocas primitivas y en todas las culturas, lo relacionado con el sexo ha sido tratado de manera especial, con seriedad, con respeto y aun con reverencia sacral.

En Cuba, nuestra cultura, además de compartir evidentemente esas premisas universales, se expresa, en sus concepciones y modos de comportamiento con relación al amor entre el hombre y la mujer, según la herencia cultural hispánica, marcada por la ética cristiana.

Valores como la primacía del amor sobre el mero placer; la preparación para el matrimonio por un período de noviazgo; la fidelidad en la vida conyugal; la perdurabilidad del amor; la importancia de la familia, y otros, están muy presentes entre nosotros e incorporados a nuestra manera de concebir el amor y sus realizaciones.

Cuando estos valores fallan o faltan en las relaciones hombre-mujer, nuestro pueblo, en su casi totalidad, los experimenta como carencias lamentables. No puede, por tanto, echarse por tierra en una obra que se percibe como orientadora, un conjunto de valores sin que se produzca, paradójicamente, desorientación, sorpresa o molestia.

Estamos ante un tema extraordinariamente delicado porque toca la intimidad del ser humano, lo cual tiene que ver con la inviolabilidad de la misma persona. Por tanto, la superficialidad y la trivialidad en el tratamiento de un aspecto tan importante de la vida es, de por sí, motivo de preocupación.

En la vida social hay que presentar **MODELOS DE COMPORTAMIENTO** que inspiren a las nuevas generaciones y que afiancen y den seguridad a las generaciones más adultas, de modo que estas puedan ejercer su irremplazable función de guiar a sus hijos y nietos. Sin una cierta continuidad no hay educación posible.

La fría presentación de lo que algunos llaman «realidad» puede ser artísticamente discutible, pero no es formadora. La realidad puede ser degradante a veces y hay que superarla con valores como el sacrificio, el desinterés o el heroísmo.

Nada de eso aparece en esta novela. Un conjunto de seres débiles, movidos por estímulos momentáneos (ni siquiera son pasiones), son incapaces, una de guardar fidelidad al que fue a cumplir una misión internacionalista, otra de vivir sin un hombre aunque este sea un desastre; o parecen todos trabajar, estudiar y vivir al margen de la misma historia, teniendo como eje de sus existencias una lánguida preocupación sexual que da la impresión de ocupar el centro de sus vidas, pero sin llegar a entusiasmarlos siquiera.

No es solo que el sexo esté tratado trivialmente, es que toda la vida está banalizada: no hay metas, ni ilusiones, ni esperas encendidas de amor, ni esperanza, ni siquiera celos; hay un vacío total que asusta. ¿Será que a la vaciedad de la vida corresponde, lógicamente, la vaciedad en el amor?

Creo, más bien, que, si el amor humano es despojado de abnegación, de don de sí, de fidelidad, de sacrificio, el resto de la vida sufre también las consecuencias. Lo que más me impresiona es haber oído a algún joven diciendo: ¡pero si esa es la realidad! y diciéndolo con una convicción digna de causas mejores.

Algunos padres cristianos me han dicho: yo no dejé que el muchacho o la muchachita vieran la novela. No sé si habría que haberla visto junto con ellos para, a cada capítulo o a cada escena, decirles claramente que eso NO es así y explicarles por qué.

A ustedes, padres y madres de familia, les corresponde clarificarse lo más posible para poder ser los formadores de las conciencias de sus hijos e hijas. Esta misión insoslayable se la ha confiado Dios nuestro Padre, al compartir especialmente con ustedes su paternidad universal.

Los animo a esto y los bendigo a ustedes, a sus hijos o nietos y a todos.